La Lenta

La del toldo. Invisibles al calor

La Lenta es el nombre de nuestra casa. Hay otras casas en Madrid que tienen nombre. Antes de tener unas paredes, La Lenta era una idea: una nave amplia donde no se verían ni la salida ni el fondo, o una casa baja con patio y corredor, o un piso barato por Lucero, Carabanchel o Tetuán donde poder arrancar a hacer nuestros libros y discos y nuestra obra principal: el desayuno, la comida y la cena, el hospedaje de todo tipo de viajeros, y la comprensión colectiva (y lenta) de las cosas que (nos) van aconteciendo.

Conocíamos Tetuán porque tú ya habías vivido cuatro años en Cuatro Caminos. Siempre me ha gustado este barrio porque es alegre, la gente se habla, y ni de día ni de noche falta nada. Tetuán tiene pisos muy humildes, como palomares o como madrigueras, casas bajas que resisten el derribo, edificios singulares construidos por antiguos propietarios de los terrenos del barrio, por ejemplo el de la familia de J, en San Benito, que construyeron compañeros de curro de su abuelo por las noches, o el de la familia de A, en San Raimundo, que conecta un garaje con un jardín paradisíaco, o el nuestro, un edificio cuyos inquilinos son casi todos familia. Lo de que nuestras caseras no sólo no nos hayan subido el precio del alquiler sino que nos lo bajaran cuando les dijimos que te habías quedado sin trabajo tenemos que contarlo, es algo excepcional. Ojalá no lo fuera. Es así como La Lenta ha podido durar tanto tiempo después de tomar forma de penúltimo piso de un edificio de seis plantas todo bañado de sol del sudoeste su balcón.

El balcón, ese de ahí. La Lenta es su balcón, el balcón es el umbral. Ocupa dos cuartos y un salón, casi toda la fachada. A la izquierda, Lope de Haro, la calle que era del tranvía, y ahora es del Mercadona, el Super Bazar y la Bacaladera; a la derecha, la Sierra de Guadarrama tal como si se alzara ahí, mismo al final de Villaamil, la calle de los bares. Abajo está la Pampa, que es el bar que hace de esquina de Villaamil con Francos Rodríguez, la calle de las fruterías. Íbamos bastante a La Pampa hasta que descubrimos al dueño no le gustan nuestros gustos musicales; en frente, en diagonal, sobre Francos, está esa fachada de columnas salomónicas y frontones con molduras que tanto nos intriga, te confieso que alguna noche me asomo a mirar si sale alguien volando por la azotea. La que baja después es Jerónima Llorente, la calle donde todo se arregla y/o halla: una mampara, un zapato, un móvil viejo, un libro usado, un marco, aluminio, madera. La que sigue es la partecita de Francos que termina en Bravo Murillo, tiendas de ropa en perenne liquidación, pastelerías que cada poco cambian, el bar de copas de moda, que parece franquicia de los bares calientes de Topete, en el mismo local donde una franquicia de pinchos vascos no llegó a funcionar. Las chicas y los chicos que de noche paran frente al bar pueden ver, las monjas de negro que emite desde muy temprano la iglesia de Salesianos pueden ver, las niñas y los niños que vestidos de primera comunión el día del Corpus procesionan por el barrio pueden ver, cualquiera que levante su vista arriba a sudoeste puede ver, una reja negra descascarillada, una ristra de bombillas, macetas plantadas, macetas sin plantar, trepadoras, una silla de mimbre, una chumbera, varios que fuman, a ti durmiendo la siesta, a ti con un ligue bebiendo vino, quince personas que han salido a ver amanecer por el saliente equivocado, y un toldo.



Cuando nos mudamos era noviembre y La Lenta era toda luz. Primero, luz incorpórea e inofensiva, luz lujosa de apartamento todo exterior. Meses más tarde, el lujo se develó espejismo: fiebre del oro. Calor bola de fuego pasea por el salón, calor se hace cocido en la cocina sin emplear una olla, calor inunda la cama sin que nadie la duerma. Calor de cambio climático, calor de fin del mundo, el fin del euro, Bail Out, manifestaciones masivas en las calles y cierta sincera expectación de una ruptura. Calor de 2012, literal y metafórico. Calor de 2013, tedioso y triste. Calor de 2014, las reformas. Julio de 2015, el verano del calor. El calor extremo azota año tras año la ciudad menos preparada para el calor, Madrid, con sus edificios de ladrillo fino como hornos de pan donde nos cocemos sin remedio. A las 9 abrimos las ventanas. El aire no se mueve. Nos acostamos a las 12 empapadas en sudor. El aire no se mueve. A la 1 te veo pasear semidesnuda de tu cuarto a la ducha y de la ducha a tu cuarto mientras en el mío hago cuentas para coger el sueño. El aire no se mueve. A las 3 ponemos un colchón en el salón sobre el único posible paso de corriente de la casa. Los que juegan a las cartas en el banquito de Francos, los que hablan y se ríen en Lope, los que beben en Villaamil y los que oyen música en Jerónima deciden no subir ya nunca más a sus casas, se olvidan de que tienen casa, abolen los interiores, en menos de una hora se abrirá no un día nuevo sino un día continuo estancado adentro mismo de la charca de aire de ayer. A las 6 seguimos despiertas. A las 7 salimos a tumbarnos en el balcón para probar si los primeros autobuses Línea 128 conmueven el aire, pero nada. El aire no. Boqueamos como pescados en la arena hasta que de pronto, mira, sobre nuestras cabezas, asoma un toldo.

El toldo es una lona blanca enrollada sobre un hierro de la longitud del balcón. Al girar la manivela y desplegarlo, observamos que está rasgado en jirones que se ponen a ondear como restos de una vela. En el balcón de un mundo paralelo dos compañeras de piso con sensatez y dinero vuelven a plegar los pedazos, se van al mediamarkt y compran tres climatizadores de aire frío. En nuestro balcón, en nuestro mundo, dos compañeras de piso sin dinero pero con muchos amigos y grandes dotes de autogestión convocan una colectiva.

Una colectiva es una propuesta que nos convoque para juntarnos. Las hay de colección, como la sexta, titulada *La más antigua arte*, la séptima, *Proeza,* y la quinta, *YA murió la clase media*, que son las que nos dejan en la casa objetos de un arte sin más ni menos pretensión que durar más alla de una noche. Las hay de texto, cuando vienen a leernos poetas como aquel de Nueva York de paso por Matadero, o Laura Jaramillo, Luz Pichel y Elia Maqueda. Hay colectivas de audio, como cuando grabamos el primer videoclip de Le Parody o cada cuidada lineup que contara con Jules Rules o K-Set, Crimen y Castigo, Al-dehni, Ema Ledwith, Ro Gotelé, Menchen, Tarata, y etc. Están las colectivas de estreno de la portada de ready y de Hondo, los ensayos de recitales y la maquetación de la gráfica de ANFIVBIA. Están las colectivas de manufactura de una tesis o de los fanzines del *Ladyfest*, las colectivas de edición de Lo que America puede, y las colectas, como aquella de *Ampliación* que convocamos para reponer el equipo de sonido. Y luego están las improvisadas, de amanecida, como flor de una noche un día, olvidadizas.

La cuarta colectiva, La del toldo, la convocamos para resolver el problema del calor.

La Lenta le invita a ud. a ...: *La del toldo. Invisibles al calor,* que tendrá lugar el sábado 14 de julio de 2012 sobre las nueve y media… Haremos ... un (práctico) toldo para nuestro balcón, el (de vanguardia) que da la cara al sol, con retales (de camiseta, de trapo, de vaquero, de cortina, de tienda de campaña), cosiendo (colectivamente) al son de (festivamente) la música que ponga Patty Hearst […] para que al ondear hacia las cinco calles que nos miran eclipse a las vecinas, escandalice al de la Pampa, alegre el barrio, absorba todo el calor... consistirá en entre todxs traer entretelas y telas y pedazos para recoser el toldo antiguo, que está roto, y pasar así el verano debajo de una obra de gran formato.

Una noche más, como otras noches más, bailamos. Aquella noche en concreto, como otras noches otras tareas en concreto, cosimos. El baile que restó fue de esos que segregan sudor y cierran los ojos mientras la música recorre la espina dorsal. El toldo que restó era una mezcla de texturas con tan poco orden y concierto como quienes lo tejimos. Tenía tantos colores que cuando la luz lo atravesaba la matización que quedaba era una locura. Un oasis. Una barcaza por un río vietnamita. Una estancia muy gustosa.

El balcón se hizo más habitable, y por ende, la casa se hizo más visible. A la banderita del caos que compusimos la debían de ver desde Azca y desde Cercedilla. Nuestro toldo debía ser la envidia de todos los balcones que se veían desde el balcón, hasta que una tarde cualquiera, desde el cruce de los five points de La Pampa, nos vio también la autoridad.

Seguridad vs. Belleza vs. Invisible vs. Vivo vs. Homologado vs. Heterogeneidad vs. Normatividad vs. Visible vs. Decoro. Yo una noche me acosté arrullada por el sonido del roce de los remiendos con los hierros y a la mañana siguiente, cuando me desperté, por mi ventana volvía a entrar sin tamices el calor. Nuestro toldo colectivo, generoso, extravagante se había convertido de la noche a la mañana en un toldo verde estándar que tan sólo cubría medio balcón. La gran obra de este lado del umbral desde el otro era leída como harapo. Es que ni nos dejaron un pedazo de recuerdo. Duran apenas las cosas que cumplen su función afuera de cierta gama cromática en la sociedad hiper-regulada que tenemos. Como las vidas. Como las vidas, las casas. ¿Dónde y cómo podrán seguir sucediendo las vidas que quieran arriesgar a cumplir con la función de seguir vivas, y hasta obtener placeres, por afuera del rango tan estrecho de posibilidades económicas, visuales y térmicas que nos van dejando la crisis, esta ciudad, el clima?

Texto: Sole Parody y María Salgado
Fotografía: Julio Albarrán